

LA LUCHA DE SEXOS EN LA URSS

K. S. KAROL

Materialmente, la mujer soviética es, sin duda, la más emancipada del mundo. Sin embargo, ella misma piensa que tiene aún muchas batallas que librar.

LA URSS sufre de una "enfermedad demográfica". Este diagnóstico no se debe a unos cuantos disidentes, sino a la oficialísima "Literaturnaia Gazeta" y a otras publicaciones por igual ortodoxas. Leyéndolo, uno tiene la impresión de que la sociedad soviética, que dice de sí misma estar libre de la lucha de clases, comienza a admitir la existencia en su seno de otra lucha bastante inesperada: la de sexos. ¿Están las doncellas y esposas soviéticas "afectadas" de feminismo?

Entre las multitudes que acudieron a recibir a Brejnev en su viaje a Siberia, apenas se ven mujeres. En esas regiones donde se construye mucho, pero donde reina un clima extremadamente duro, la población es, en su gran mayoría, masculina. Y claro está, en las guarniciones que fue a inspeccionar Brejnev, desde Novossibirsk hasta la frontera con China, no hay una sola mujer, ya que las soviéticas no tienen que cumplir el servicio militar. Por el contrario, según datos occidentales, la URSS mantiene en sus filas militares a unos cuatro millones de hombres.

Eso sólo explica en parte el desequilibrio entre el número de mujeres y el de hombres en la mayoría de las regiones europeas de la Unión Soviética. En realidad, el servicio militar y el éxodo masculino en Siberia no hacen sino agravar los efectos de un fenómeno demográfico más profundo: desde la segunda guerra mundial, hay en la URSS muchas más mujeres que hombres. Según el último censo, hay aproximadamente ciento treinta y un millones de mujeres, contra ciento once millones de hombres. Para veinte millones de mujeres, la vida en pareja, ampliamente fomentada por la moral oficial, es imposible porque no pueden encontrar compañero.

Ahora bien, paradójicamente, el debate sobre la "enfermedad demográfica" acaba de abrirse no a iniciativa de las mujeres solas, sino a la de quienes tienen una vida familiar, pero que no están, sin embargo, satisfechas.

Ahora bien, desde 1960, el número de divorcios ha aumentado de manera alarmante. Ese año, de mil matrimonios, ciento cuatro aca-

baban en divorcio. En 1975 se pasó de ciento cuatro a doscientos ochenta, y en 1976, la cifra ascendió a trescientos treinta y uno. Según las estadísticas oficiales publicadas por la "Literaturnaia Gazeta", una de cada tres parejas se separa "por incompatibilidad de carácter". Un economista, el profesor Perevedentsev, demuestra sin dificultad que, en un país donde la natalidad estaba ya en baja, tal epidemia de divorcios tendrá consecuencias nefastas para la demografía y, consecuentemente, para el crecimiento económico. ¿Cómo remediarlo?

En primer lugar, hay que preguntarse por los motivos de los divorcios: el 61 por 100 de las demandas de divorcios son formuladas por mujeres; el 47 por 100 de las que presentan ese tipo de solicitud acusan a sus esposos de darse a la bebida. Pero ¿cómo averiguar si esos bebedores no se darán precisamente a la bebida porque son infelices en el hogar? El vodka, esa "maldita bebida nacional", no puede tener la culpa de todo. Apoyándose en los trabajos de un pedagogo, Soloviev, el profesor Perevedentsev afirma que "las mujeres se rebelan de hecho contra el sistema patriarcal que rige la familia". Están emancipadas en el plano profesional hasta el punto de que, de diez diplomados de las escuelas superiores, seis son mujeres. Pero en sus hogares, los maridos las obligan a realizar todos los trabajos domésticos (cocina, mantenimiento de la casa, cuidado de los niños). Resultado: un hombre no trabaja por término medio más de cincuenta horas semanales, contra las ochenta que trabaja una mujer.

"Esos brutos perezosos"

Estas conclusiones no han sido, sin embargo, unánimemente aprobadas. Muchos lectores masculinos han escrito a la "Literaturnaia Gazeta" para dejar claro que todo el peso de la vida familiar recaía sobre sus hombros, y que sus esposas, frívolas y egoístas, ni siquiera se dignaban ocuparse de sus hijos. Estos contestatarios han recibido un apoyo inmediato y bien documentado de una pedagoga, la señora Bielskaia, quien afirma, en un

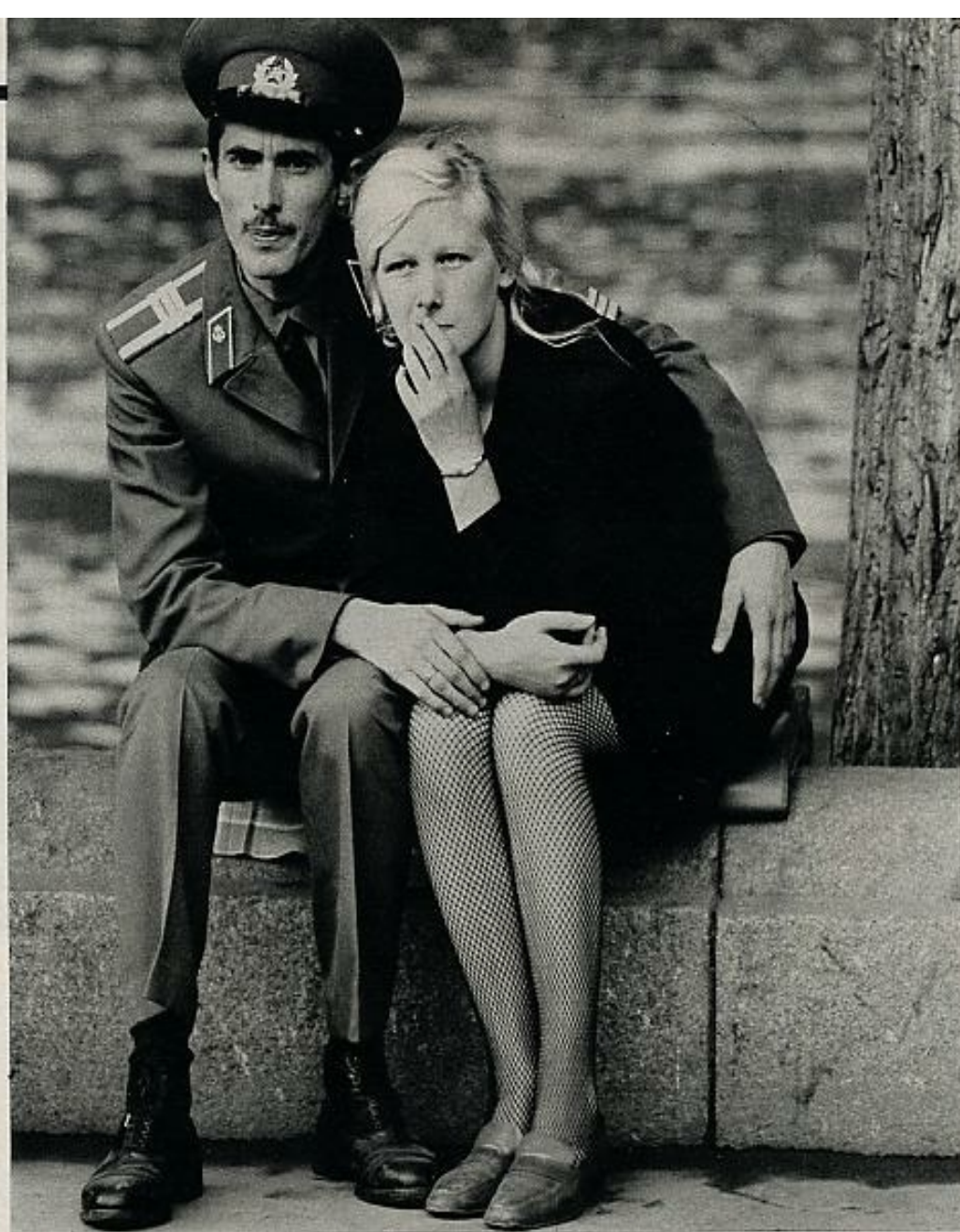
artículo titulado "De dónde vienen las malas esposas", que la educación, en la URSS, no prepara a las jóvenes para desempeñar cumplidamente sus deberes familiares. Como prueba, aporta los resultados de una encuesta llevada a cabo bajo el patrocinio de la Academia de Ciencias Pedagógicas en los mayores liceos de Moscú. A las alumnas se les invitaba a anotar, en una lista, por orden de importancia, quince cualidades femeninas y quince masculinas. Según la señora Bielskaia, el resultado fue tan desconcertante como escandaloso: las escolares colocaron la virilidad (y el patriotismo, que está íntimamente ligado a aquélla), en el onceavo lugar de la lista. El primer puesto se concedió unánimemente al "respeto hacia la mujer". De igual manera, al clasificar las cualidades femeninas, colocaron el "respeto del

hombre" en el lugar doceavo e incluso muchas veces en el último. "¿Por qué habríamos de respetar a esos brutos perezosos?", respondieron a la señora Bielskaia. Y en el primer lugar de la lista hicieron que figurara "el orgullo femenino" y la "fuerza de carácter". En cuanto al "joziatsvennost", la economía doméstica, es una cualidad que no les interesaba. Con esa perspectiva, concluía la señora Bielskaia, las escolares no pueden sino ser malas esposas.

En carta dirigida también a la "Literaturnaia Gazeta", otra mujer, una tal Alla Petrova, de Sverdlovsk, respondía a la Bielskaia. En ella contaba cómo había encontrado el gran amor que buscaba en un hombre casado al que había conocido diez años antes. Con ese hombre, del que tuvo un hijo, ella vivió feliz hasta el día en que el pequeño, Nikita, volvió a casa bañado en lágrimas: sus camaradas no querían jugar con él porque sus padres les habían dicho que Nikita era bastardo, que no tenía padre y que su mujer, evidentemente, era una "mujer de vida ligera". "Explíqueme, por favor —le decía a la Bielskaia—, quiénes son esos moralistas que hacen circular rumores tan malévolos contra mi persona".

Otras mujeres han escrito a la publicación soviética cartas igualmente amargas: Alexandra Policht-





El hombre: un bien cada vez más cotizado, por escaso, en la Unión Soviética. Al mismo tiempo, el número de divorcios ha aumentado en los últimos tiempos de manera alarmante.

chuk, tras haber escuchado a un conferenciante que, de diez mujeres de la región donde vive, sólo seis pueden encontrar esposo, preguntaba a la "Literaturnia Gazeta" si las cuatro "preteridas" debían renunciar al amor y a la esperanza de ser madres. Otra, Galina Udatsova, de Minsk, reivindica su derecho a engañar al marido porque no tiene nada en común con quien es legalmente su compañero.

El marido, objeto de lujo

Un célebre pedagogo, Leonid Guikovitski, intervino en el debate para tratar de conciliar tan contradictorias posturas. Para complacer a los partidarios de la familia, Guikovitski afirma que "el único tipo de relación seria entre personas que se aman es el matrimonio y la

comunidad de intereses y voluntades". Pero, por otra parte, haciéndose eco de la "enfermedad demográfica" que reina en la URSS, proclama, no menos categóricamente, que nadie debería ser condenado a la soledad amorosa. ¿Cómo resolver el problema?

Leonid Guikovitski propone algunas soluciones, la vez ambiguas y torpemente "falocráticas". Conoce, dice, a una mujer de Vilno, Letonia, que ama profundamente a un hombre casado que vive en Leningrado y al que sólo ve dos o tres veces por año. Sin embargo, es feliz, no busca otras relaciones y sólo pretende tener hijos de su amado. ¿Por qué otras mujeres no podrían buscar una solución semejante ya que, de todas formas, la "enfermedad demográfica" no les permite nada mejor? Lo esencial, para Gui-

kovitski, es que se decidan a tener niños, de los que tan necesitada está la sociedad soviética.

Muy comprensivo para con las madres solteras, este pedagogo constata que la mayoría de las mujeres soviéticas tienen miedo a encontrarse en una situación semejante. Todo, en su entorno social, las lleva a desear el estatuto de esposa legítima, es decir, a encontrar marido lo antes posible. A esta prisa por casarse podría deberse el alto número de divorcios. Según el mismo Guikovitski, para una joven soviética consciente de la "escasez" de hombres, "el marido es una conquista y, sea cual sea su estatuto en la sociedad, un objeto de lujo, como el abrigo de visón". Claro está que estos matrimonios precipitados son efímeros, según demuestran las estadísticas: un tercio de

los divorcios tiene lugar al cabo de sólo un año de matrimonio; otro tercio, antes de cinco años.

Una moral rígida

Evidentemente, juegan otros factores en esta crisis de la pareja: las malas condiciones de alojamiento, la falta de lugares propicios a la vida colectiva (los clubs culturales funcionan mal, los cafés son muy raros), las relaciones difíciles, entre las diferentes edades. Esto se refleja en los artículos publicados en torno a la "enfermedad demográfica". Así, una obrera escribe que, fuera de la fábrica nunca hay oportunidad de conocer hombres no sólo porque son escasos, sino también porque la vida colectiva es inexistente. Otra, obligada a vivir en el apartamento de sus suegros, se queja de que la tratan como a una criada.

Una paradoja más: en el plano material, la mujer soviética es probablemente la más emancipada del mundo. Cierto que le cuesta más trabajo que a un hombre hacer una carrera brillante, pero se gana la vida tan bien como él; mayoritarias en el país, las mujeres representan más de la mitad de la fuerza de trabajo en la URSS; constituyen un 48 por 100 de los efectivos de las industrias soviéticas, el 44 por 100 de las de la agricultura, el 75 por ciento de las de los servicios; tienen el cuasi-monopolio del sector de la sanidad (el 85 por 100 de los efectivos) y el de la educación (el 72 por 100). Es decir, que una "mujer del hogar" que dependa económicamente de su esposo es, en la URSS, una "rara avis" que sólo es posible hallar en las altas esferas. Las demás, casadas o solteras, trabajan y se ganan la vida: ocurre a veces que al divorciarse dejan sus hijos al ex marido y aceptan pasarle a éste una pensión.

Se comprende, en tales condiciones, que la línea oficial, fundada exclusivamente en la familia y rígidamente moral, sea cada vez más difícil de seguir. Para Brejnev, en esta crisis moral, lo único que cuenta es el aumento del número de nacimientos, porque el actual descenso demográfico, sobre todo en la República rusa, es una amenaza para la economía soviética.

Para las mujeres se trata evidentemente de algo más profundo y más esencial. Y uno puede preguntarse si el rechazo de la "dominación masculina" y del "sistema patriarcal" no será un signo anunciador de los cambios que se producirán seguramente un día en todos los sectores de esta sociedad "bloqueada". ■ © "Le Nouvel Observateur".